

FELICIA YAP

EL JUEGO DE LA MEMORIA

RECORDAR PUEDE SER MORTAL

Traducción:

LAURA VIDAL



MAEVA | NOIR

Un pueblo cerca de Cambridge, dos años antes del asesinato

Déjame que te cuente unos secretos muy feos. Empezaré por enseñarte una fotografía.

Soy yo, hace mucho tiempo. Era plana y tenía orejas de soplillo. Si te fijas bien, verás que en algún momento en mis ojos hubo esperanza y en mi alma, fuego. Hoy, tanto la esperanza como el fuego han desaparecido. Aniquilados por años de internamiento.

Aquí hay otra fotografía. Ah, ya veo que te sobresaltas. Es comprensible. Después de todo, es una fotografía de ti. La de tu ficha policial, tomada hace poco. No sales tan mal. Melena rubia que te cae sobre los hombros, buenas tetas. ¿Sabes qué? Voy a transformarme hasta ser idéntica a ti. Me voy a decolorar el pelo y me pondré unas tetas como las tuyas.

¿Estás frunciendo el ceño? No lo entiendes, ¿verdad? Te estás preguntando por qué quiero parecerme a ti.

Déjame que te lo explique. Me acuerdo de todo. No estoy mintiendo. Soy la única persona del mundo que recuerda su pasado. Al completo. Y la mayor parte con detalles vívidos. Hablo en serio. Y eso me convierte en alguien muy, pero que muy especial.

No me crees, ¿a que no?

Eso también es comprensible. Al igual que los cinco mil millones de Uno que nos rodean, tú solo recuerdas lo que te pasó ayer. Te levantas cada mañana con la cabeza llena de datos,

información cuidadosamente seleccionada sobre ti y sobre otras personas. De tu cama, vas directa al iDiary que tienes sobre la reluciente encimera de tu cocina. A ese dispositivo electrónico, el exiguo cordón umbilical que te une al pasado. Desesperada por saber los pocos y tristes detalles que pusiste por escrito la noche anterior. Ávida de añadirlos a tus recuerdos de lo que pasó ayer... y a otros datos fríos e inútiles que has aprendido sobre ti misma.

Lamentable, ¿no te parece?

Pero es a lo que estás acostumbrada, ¿verdad? Porque es lo que llevas haciendo desde los dieciocho años, cuando ese pequeño y triste cerebro tuyo se apagó. No me extraña que envíes a los Duo, cuya memoria a corto plazo es algo mejor que la tuya. Aunque lo cierto es que sois todos iguales.

Igual de penosos.

Déjame que añada una sencilla verdad, puesto que estás empezando a conocerme tal y como soy.

Cuando lo recuerdas todo, recuerdas lo que otras personas te han hecho (aunque ellas lo hayan olvidado). Hasta el detalle más nimio y atroz. Lo que hace que quieras vengarte si te han hecho mucho daño. Me refiero a un daño muy grande, como, por ejemplo, obligarte a pasar diecisiete años recluida en un manicomio. Te hace soñar con hacer justicia durante las horas de noche cerrada, cuando la sonrisa de la luna se ha desvanecido y las lechuzas han dejado de ulular.

Cuando lo recuerdas todo, también puedes salir impune de todo. De vengarte, por ejemplo.

Lo que está de puta madre, ¿no te parece?

Por esa precisa razón, yo, Sophia Alyssa Ayling, voy a salir impune de esta.

Vengarse sería genial. Sobre todo teniendo en cuenta lo que me has hecho. Todas esas cositas malas de las que has sido culpable a lo largo de estos años. Lo que hace que el odio sea tan potente es la suma total de las ofensas que recuerdo. Ah, sí. Vengarse será cosa fácil.

Porque nadie recordará lo que voy a hacerte.

Excepto yo.

La felicidad es un proceso. La infelicidad es un estado.

Diario de Mark Henry Evans

1

Claire

Un hombre gimotea en la cocina. También me cierra el paso hasta la encimera de mármol donde está mi diario electrónico, con el diodo color morado eléctrico todavía centelleando. Lo miro, se está sujetando la mano izquierda y tiene cara de dolor. De su dedo índice gotea sangre. A sus pies hay restos de una tetera.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Se me ha caído —dice con una mueca de dolor.

—Déjame ver. —Voy hacia él evitando pisar esquirlas de porcelana. A medida que me acerco, el anillo de oro que lleva en la mano izquierda se burla de mí con un destello afilado. Me trae a la cabeza los datos básicos que, con los años, he aprendido de mi marido. Nombre: Mark Henry Evans. Edad: 45. Ocupación: novelista a la espera de ser elegido diputado por South Cambridgeshire. Nos casamos a las 12.30 del 30 de septiembre de 1995 en la capilla del Trinity College. A nuestra boda asistieron nueve personas. Los padres de Mark se negaron a venir. Le prometí al capellán Walters que cada mañana me recordaría a mí misma que quiero a Mark. La boda costó 678,29 libras. Tuvimos relaciones sexuales por última vez hace más de dos años, a las 22.34 del 11 de enero de 2013. Se corrió a los seis minutos y medio.

Todavía no he conseguido saber si toda esta información que conservo sobre mi marido debería hacerme sentir mal, triste... o furiosa.

—Intenté atraparla antes de que se estrellara contra el suelo —dice Mark—, pero rebotó en el lavavajillas.

Examino el corte que tiene en el dedo índice. Mide más de dos centímetros. Levanto la vista hacia la cara de Mark, observo los profundos pliegues que tiene sobre el entrecejo, las arrugas de preocupación que irradian de las comisuras de los ojos, los labios fruncidos. Recuerdo que anoche no paró de dar vueltas en la cama, como si algo lo persiguiera en sueños.

—Tiene mala pinta —digo—. Voy a por una tiritita.

Le doy la espalda y subo corriendo las escaleras. Dato: el botiquín se guarda en el armario que está junto al espejo del cuarto de baño. Antes de abrirlo me detengo ante mi imagen reflejada en el espejo. Los ojos que me devuelven la mirada son distintos de los ojos angustiados que vi ayer. La mirada de hoy parece más clara. Pero las mejillas están hinchadas. Se me han formado bolsas bajo los ojos.

Anoche lloré hasta quedarme dormida. Me pasé casi todo el día en la cama.

Me pregunto por qué. Miro con atención la cara hinchada del espejo y quiero que me vengan a la cabeza los datos pertinentes. Pero las razones de la infelicidad de ayer revolotean fuera de mi alcance, como las alas de una mariposa esquiva. Solo recuerdo haberme escondido, haber llorado con la cara hundida en la almohada y haberme negado a comer. Hago una mueca de derrota, el rostro en el espejo me la devuelve. La infelicidad de ayer debió de provocarla algo que ocurrió hace dos días. Pero ¿qué?

No sé lo que pasó anteayer. Porque no puedo saberlo. Solo recuerdo lo que pasó ayer.

Mi marido me necesita, me digo con un suspiro. Saco el botiquín del armario y bajo. Mark está sentado a la mesa de la cocina, sujetándose el dedo herido con la mano derecha. Sus labios siguen apretados en una mueca de dolor.

—Déjame que te cure —digo mientras abro el botiquín.

Mark da un respingo cuando le limpio la sangre con un bastoncillo de algodón. El corte es mucho más profundo de lo que creía.

–Tendría que desinfectarlo primero. –Saco una botellita de antiséptico y le quito el corcho.

–Tampoco es para tanto.

–No voy a dejar que andes por ahí con un dedo infectado.

–Es un cortecito de nada.

Ignoro a Mark, vierto una cantidad generosa de antiséptico en la herida (da otro respingo) y le pongo una tiritita. Abre la boca para decir alguna cosa, pero la vuelve a cerrar con el ceño fruncido.

Le beso el dedo antes de levantarme de la mesa y agarrar mi diario de la encimera de la cocina. Apoyo el pulgar en el lector de huellas dactilares, con lo que deja de centellear el diodo violeta de «leer ahora la entrada de ayer». Bajo hasta la última entrada. Es de anoche. Escribí:

11.12. Me he despertado sintiéndome fatal. Con el peso de lo que sé sobre los hombros. He estado una hora llorando en la cama. A las 12.15 encontré a Mark dormido en su despacho, lo desperté y le di el regalo que había comprado, aunque falta una semana para su cumpleaños. Me eché a llorar otra vez y volví a la cama. He descuidado todas las tareas de la casa, incluso la jardinería. Me he saltado la comida y la cena. Mark no dejaba de entrar en el dormitorio con cara de preocupación para decirme que mañana todo habría vuelto a la normalidad. Tiene razón. La pesadilla de ayer habrá desaparecido por la mañana. A las 21.15 me levanté para tomarme un plátano, las pastillas y dos whiskis de malta antes de volver a la cama.

Una descripción precisa, aunque sucinta, de lo que ocurrió ayer. Claro que la entrada no dice por qué lloraba. Solo sugiere que la infelicidad de ayer la desencadenó algo ocurrido hace dos días. Algo horrible. Voy a la penúltima entrada.

Tormenta de truenos hasta las 9.47. Luego saqué a *Nettle* a pasear. Almuerzo a las 13.30 a base de rosbif y patatas, que comí sola, en el porche. Mark quería comer en su despacho para poder seguir

escribiendo. A las 16.50 fui hasta Grange Road para una larga charla con Emily acompañada de té y bollos. Velada sin nada de especial. Mark volvió al despacho para escribir. Yo me instalé en el sofá y cené sobras recalentadas en el microondas.

Estoy desilusionada y perpleja por la entrada. Había supuesto que arrojaría algo de luz sobre las razones de mi infelicidad de ayer. Pero la entrada es lacónica, opaca. Releo con atención su contenido y sigo igual de perdida. Es posible que Mark sepa lo que pasó hace dos días. Al contrario de mí, él es un Duo, por lo tanto se acuerda de ayer y también de anteayer. Es lo que lo diferencia de la mayoría, la razón por la que se considera superior.

—Recuerdo haberme pasado casi todo el día de ayer llorando —digo, y me fijo en que Mark no ha dejado de fruncir el ceño—. Pero no logro saber por qué.

Nuestras miradas se encuentran. En las pupilas de Mark hay un destello oscuro que soy incapaz de descifrar. ¿Es ira? ¿Dolor? ¿O miedo?

Se vuelve y observa mi orquídea mariposa durante varios segundos antes de contestar.

—Hace dos noches te olvidaste de tomar la medicación —dice—. Por eso ayer tuviste una recaída.

Debe de ser eso. Dato: desde el 7 de abril de 2013 tomo dos medicamentos, tal y como me recetó el doctor Helmut Jong, del hospital Addenbrooke: Lexapro y Prisqit. Dos comprimidos de Lexapro y uno de Prisqit al día. Agarro el pastillero que está sobre la encimera y busco en mi cabeza más detalles pertinentes. Dato: a las 14.27 del 1 de junio de 2015 fui hasta la farmacia de Newnham a buscar una nueva remesa de pastillas con las recetas del doctor Jong. Sesenta y treinta respectivamente, un mes de tratamiento.

Cuento las píldoras del envase. Debería haber cincuenta de una y veinticinco de otra. Pero en lugar de ello quedan cincuenta y dos y veintiséis.

—Es verdad —digo con un suspiro—. Se me olvidó tomar las pastillas.

Mark gruñe antes de levantarse de la silla. Me fijo en que tiene los hombros un poco menos tensos.

—Voy a recoger —dice.

Mientras él trastea con la escoba y el recogedor, voy hasta la nevera y saco una botella de leche. Me suenan las tripas de hambre. Lleno un cuenco de copos de maíz. Me siento a la mesa con una cuchara y enciendo la radio. Al principio es solo un sonido distorsionado, pero al cabo de unos instantes suena la canción del anuncio de una web que compara seguros de coches. Mark ha barrido la última esquirra de porcelana. También ha decidido que sigue queriendo tomarse un té, ha sacado una taza y depositado dentro una bolsita de Earl Grey.

«Buenos días, Anglia Oriental —dice una voz de hombre en la radio—. Son las noticias de las ocho. La reina ha dado el consentimiento real a una ley parlamentaria destinada a fomentar los matrimonios mixtos entre personas Uno y Duo, que, tal y como reveló el censo de 2011, constituyen ahora mismo el setenta y el treinta por ciento de la población respectivamente. Prejuicios culturales muy arraigados en nuestra sociedad han desalentado durante mucho tiempo estas uniones. En 2014 solo se registraron en Gran Bretaña trescientos ochenta y nueve matrimonios mixtos.»

Miro a Mark sin que se dé cuenta. Está removiendo el té para disolver un terrón de azúcar y la mueca de sus labios es algo más alegre, solo un poquito. Sé por qué está satisfecho: esta noticia favorece su campaña para ser elegido miembro del Parlamento. Dato: hace veinte años tuvo el valor de casarse con la Uno Claire Bushey a pesar de la fuerte oposición de su familia. Es un Duo en contacto con las necesidades, las esperanzas y los miedos de los Uno británicos. Está casado con una.

«Estudios científicos recientes han demostrado que una pareja Uno-Duo tiene un setenta y cinco por ciento de posibilidades de concebir hijos Duo.»

Hijos. Dato: quiero tener un hijo. Mi corazón ansía un pequeño al que cuidar y amar. Pero ¿cómo voy a tener un hijo si el sexo ha desaparecido de mi matrimonio?

«El Gobierno cree que una proporción mayor de Duo impulsará la competitividad económica y la productividad británicas —continúa diciendo el presentador—. Ha dado su apoyo a la Ley de Matrimonios Mixtos, que garantiza ventajas fiscales a las uniones Uno-Duo. Se espera que la ley entre en vigor el 15 de febrero de 2016.»

Qué sabrán ellos. Los datos son importantes. Me he obligado a mí misma a aprenderlos, me gusten o no.

Dato: los Uno casados con Duo son objeto de recordatorios diarios de las limitaciones de su memoria. Esto los aboca a un estado de inferioridad crónica. Probablemente por eso llevo años tomando antidepresivos. Sin embargo, no me atrevo a contemplar la idea de dejar al hombre que ignoró el mayor tabú social para casarse conmigo, pues si lo hiciera mi porvenir sería mucho peor. Dato: Mark cobró un anticipo de 350.000 libras por *A las puertas de la muerte*, su novela de mayor éxito. Vivimos en una mansión en Newnham con vistas al Cam. Seis dormitorios, un porche cerrado y media hectárea de jardín. Vacaciones en el Caribe dos veces al año, volando en primera clase. Si me hubiera casado con otro Uno, seguiría trabajando de camarera en el Varsity Blues.

El presentador se ha puesto a hablar del resultado del encuentro de fútbol de ayer entre Inglaterra y Alemania.

Suspiro y como otra cucharada de cereales. Mastico los copos de maíz, su dulzor almibarado me recubre la lengua. Tengo una vida idílica... pero solo en la superficie. Eso dicen los datos. Si hubiera un niño en mi vida... El vacío crece a medida que pasan los años; ya tengo 39. Y si pudiera recordar las cosas, como Mark... La brecha entre nuestras memorias respectivas nos separa como un abismo insalvable.

El presentador está diciendo algo sobre Cambridge. Presto atención.

«El cuerpo sin vida de una mujer de mediana edad ha aparecido esta madrugada en el río Cam, en una reserva natural cerca del pueblo de Newnham...»

Un estrépito ahoga sus palabras. Levanto la vista de mis cereales. A Mark se le ha caído la taza, que está hecha añicos en el

suelo de la cocina. Delante de él hay un charco de Earl Grey caliente. Tiene una bolsa de té marchita encima del zapato.

«Un portavoz de la Policía de Cambridgeshire ha declarado que hay indicios de criminalidad y que se ha abierto una investigación —está diciendo el presentador—. Pasamos ahora a la información del tiempo. La agencia meteorológica afirma que hoy soplará viento...»

Apago la radio. El silencio que sigue resulta aún más inquietante.

—¿Qué pasa? —digo.

Mark no reacciona. Tiene la mirada perdida. Sus hombros dibujan una línea tensa.

—¿Es por la noticia de la mujer muerta?

Mi marido parpadea, debo de haber acertado. Es por ella. Pero ¿por qué?

—Me ha... me ha sorprendido la noticia, nada más —dice atropelladamente—. Es probable que la encontraran en el Parque Natural de Paradise, aquí al lado. Qué horror. Por eso he oído sirenas de la Policía esta mañana.

Le examino la cara con atención. Tiene la mandíbula apretada.

—No entiendo por qué estás tan alterado.

—No estoy alterado —dice Mark, aunque la rigidez de sus hombros sugiere otra cosa—. Solo torpe. Primero la tetera y ahora la taza. Lo siento. Voy a recoger otra vez.

Me da la espalda y sale de la cocina.

Me quedo mirando los cereales que quedan en el cuenco. Se me ha quitado el apetito.

Mark ha barrido los restos de la taza y se ha retirado a su estudio, situado al final del jardín. Estoy tentada de sacar a *Nettle* a dar un paseo por el parque Paradise. Aunque es probable que haya partes acordonadas, igual consigo atisbar algo de lo que esté haciendo la Policía.

Le pongo la correa al perro y salimos al sol. El aire de la mañana es fresco, hasta diría que un poco frío. Leves notas de

madreselva perfuman la acera. Vamos hasta la cancela de torniquete al final de Grantchester Meadows. *Nettle* intenta salir disparado en cuanto olfatea algún conejo. Tiro de la correa. La cancela chirría; entramos en el parque. La tierra que pisamos está blanda, encharcada en algunas zonas. Está salpicada de huellas de pisadas, en su mayoría recientes. Una mariposa de los muros baila delante de nosotros, su silueta parpadeante se perfila contra los rayos de sol.

Oigo voces ahogadas cuando bajamos por el sendero arbolado, dejando atrás varios sauces viejos y un afluyente cenagoso del Cam a la derecha. A lo lejos cabecean cascos negros de policía.

Me acerco. En un tramo de pasarela hay varias personas de espaldas. Tres agentes les cierran el paso. Una larga cinta amarilla serpentea entre dos árboles y sus extremos aletean al viento.

Sujeto con fuerza la correa de *Nettle* y me uno al grupo de curiosos. Un hombre con vaqueros y una cazadora verde acolchada está grabando con una cámara. Un reportero vestido de traje y con un marcado tupé le habla a un micrófono. La mayor parte de las personas mira hacia la orilla del río. Me pongo de puntillas y echo un vistazo por encima de sus cabezas.

—Nada de móviles. —Uno de los agentes agita un dedo en dirección a un niño.

El espectáculo es decepcionante. No veo ningún cadáver, tampoco una de esas bolsas que se usan para transportarlos. Solo dos hombres con trajes de protección blancos y guantes azules de goma. Uno de ellos está guardando algo dentro de una bolsa de plástico. El segundo saca fotografías de un árbol de gran tamaño a la orilla del Cam. Su inmenso tronco, parcialmente sumergido, sobresale del agua a lo largo de unos seis metros antes de escindirse en ramas frondosas.

—¿Qué ha pasado? —Me vuelvo hacia un hombre con zapatillas de deporte color naranja fluorescente.

—Han encontrado un cadáver en el río a primera hora.

—No lo veo.

—Se la llevaron hace un rato, por ese camino. —Señala un segundo sendero arbolado, en dirección opuesta a la que hemos seguido *Nettle* y yo.

—Ha debido de ser horrible.

—Estaban cerrando la cremallera de la bolsa cuando pasé corriendo. Hace un par de horas. Rubia, de pelo largo. No conseguí verle la cara.

—¿Sabe cómo la han encontrado?

—Se lo he oído decir a ese hombre. —Señala al reportero con el micrófono—. Parece ser que un corredor la vio entre los juncos, flotando cabeza abajo. Justo a los pies de ese árbol.

—Qué horror.

—Ojalá me hubiera levantado antes hoy. La habría visto primero.

—Me pregunto si saben quién es.

—El hombre de los informativos dijo que han encontrado un carné de conducir en uno de los bolsillos. Pero no mencionó el nombre.

Asiento con la cabeza.

—Bueno, me marchó. Esto ya se ha puesto aburrido. Bonito perro.

Se gira y echa a correr, sus zapatillas destellan entre los árboles. Veo que el reportero guarda el micrófono. La cámara ha dejado de grabar. Aflojo la correa de *Nettle* y empiezo a tirar de él en dirección a casa, entre los sauces que susurran al viento.

Pobre mujer. Me pregunto qué le habrá pasado.

Cuando llego a casa, Mark no está. Debe de seguir en su estudio. Le quito la correa a *Nettle* y echo una cantidad generosa de galletas en su cuenco. Mientras las mastica, me pongo el peto y los guantes. Mi diario me dice que llevo al menos dos días sin trabajar al aire libre. El jardín tiene que estar pidiendo a gritos una poda y una limpieza. Al completo.

Empujo la puerta del porche y salgo de nuevo al sol. Se ha levantado viento. Bajo por el sendero pavimentado que discurre

hacia el estudio de mi marido. La tormenta de hace dos mañanas ha dejado un rastro de destrucción en el jardín. Hay brotes rotos y ramas quebradas por todas partes. Cientos de hojas revolotean en círculos azotadas por el viento. La tormenta incluso ha arrancado algunos de los guijarros negros y blancos del sendero. Unos huecos oscuros delatan su ausencia.

No veo los guijarros desenterrados. *Nettle* ha debido de llevárselos también. Tiene la costumbre de llevarse cosas a hurtadillas, porque dice mi diario que el 25 de diciembre pasado encontré dos piedras y una pelota de tenis mugrienta en su cesta. A pesar de lo que piensa Mark, se me da bien memorizar datos insignificantes y aleatorios.

Me pongo enseguida a trabajar con un rastrillo que saco del cobertizo. Al poco rato he acumulado un montón de hojas marchitas cerca del seto de la parte delantera de la casa. La pila desprende un olor reconfortante, terroso. La jardinería es terapéutica; ha de serlo, porque el hormigueo que tenía en el estómago está desapareciendo. O quizá es que el considerable montón de hojas es la prueba de que esta mañana he hecho algo útil. Las amas de casa como yo estamos obligadas a medir nuestros logros diarios por el número de cosas que hemos limpiado o guardado. Es probable que eso sea lo que nos mantiene cuerdas (o menos deprimidas). Yo no tengo ventas millonarias de mis libros de las que enorgullecerme, como Mark.

A diferencia de mi marido, he hecho muy pocas cosas en la vida de las que pueda sentirme orgullosa. Eso dice mi diario.

Tampoco mejora las cosas el hecho de que Mark, al igual que la mayoría de los Duo, en el fondo piense que los Uno somos tontos. Que estamos intelectualmente limitados por nuestra incapacidad de recordar lo ocurrido hace dos días. Que tenemos una comprensión reducida del mundo que nos rodea. Le falta valor para decírmelo a la cara. Pero sé que lo piensa cada vez que abro la boca. Mi diario indica que llevo veinte años soportando burlas paternalistas por parte de mi marido Duo.

Pero no voy a detenerme en estas cuestiones. No voy a pensar en mis deficiencias, ya sean reales o imaginarias. No cuando por fin empiezo a sentirme más animada.

Saco un par de bolsas de basura del cobertizo y empiezo a meter hojas con energías renovadas. Algo suena a lo lejos. Parece el timbre de la puerta. Debe de ser el cartero.

Abro una puerta lateral que hay en el seto del jardín y rodeo la casa hasta la parte delantera. Un hombre está de pie en el porche con la cara vuelta hacia otro lado. No es el cartero. Tiene un rostro de líneas delgadas y mandíbula fuerte y angulosa. En las sienes abundan indicios de cabellos grises. Lleva una camisa de color blanco pulcramente almidonada, planchada a la perfección. Los zapatos estilo Oxford están lustrosos.

—¿Quería algo? —digo.

El hombre se sobresalta antes de volverse para mirarme.

—Ah... —dice.

Posa sus ojos en mí, en mi peto y mis zapatos sucios. Tiene el iris de los ojos color gris acero, y una mirada casi magnética. Busca en el bolsillo de la camisa y me enseña una placa policial dentro de una cartera negra. La insignia tiene forma de copo de nieve con una corona.

—Soy el inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridgeshire. Me gustaría hablar con Mark Evans.

—¿Por qué?

—Nos gustaría que nos ayudara en una investigación.

—¿Qué están investigando?

—La muerte de una mujer.

Miro al detective boquiabierta.

—Pero ¿no será... la mujer que ha salido en las noticias esta mañana?

—Pues sí. —Asiente con la cabeza—. Soy el oficial encargado de la investigación del caso. Le agradecería que llamara al señor Evans. Supongo que es su marido.

Asiento. Algo no funciona bien esta mañana en el universo, pero soy incapaz de identificar qué es. Miro detrás del señor

Richardson, su coche patrulla de cuadros azules y amarillos está aparcado en la entrada de nuestra casa. Detrás del volante hay un conductor uniformado, los cristales tintados difuminan su rostro con bigote. Un par de vecinas han asomado la cabeza, una incluso ha salido al porche delantero de su casa para mirarnos, vestida aún con una bata morada de estar por casa. También es mala suerte que justo delante tengamos una hilera de viviendas adosadas.

—Mark está trabajando en su estudio —digo, con prisa por apartar a Richardson de la vista de mis vecinas—. Venga conmigo.

Guío al detective rodeando la casa y reparo en que su corbata de seda lleva el mismo anagrama que su placa, pero en pequeño. Se parece a la letra pi que aprendí en el colegio hace siglos. *Nettle* se une a nosotros. Richardson se agacha para rasarle la cabeza y recibe un vigoroso movimiento del rabo como respuesta. Cuando salimos por la puerta lateral que da al jardín, me armo de valor y pregunto:

—¿Cómo se llamaba la mujer?

El detective frunce los labios antes de responder.

—Sophia Ayling.

Ese nombre no me trae a la cabeza ni el más mínimo dato.

—¿Por qué se...? ¿Por qué están tratando su muerte como sospechosa?

—No puedo decírselo. —Niega con la cabeza. —Lo siento. Por cierto, tienen un jardín precioso. Muy interesante.

—Gracias. Voy a llamar a mi marido.

Richardson asiente con la cabeza. Echo a andar por el sendero del jardín hacia donde está Mark. De pronto, una sensación de alarma me inunda el corazón y borra todo lo demás. Es imposible que Mark esté relacionado con la muerte de Sophia Ayling. No he memorizado ningún dato sobre ella. Para confirmarlo, me paro, extraigo mi diario electrónico y escribo su nombre. No aparece nada.

Llego a la puerta del estudio de Mark y llamo. De dentro sale un fuerte gruñido.

–Estoy escribiendo, Claire. –La voz de Mark suena amortiguada, pero distingo muy bien una nota de exasperación–. Te he dicho que no me molestes cuando estoy escribiendo. Deberías escribirlo en tu diario esta noche, dedicar algo más de tiempo a aprenderte ese dato.

–Es urgente, Mark. Por favor, sal.

Oigo un juramento ahogado seguido, al cabo de unos instantes, de ruido de pisadas en mi dirección.

La puerta se abre con un fuerte chirrido y deja ver el estudio impecablemente ordenado de Mark. Mi marido está de pie delante de mí con la mirada perdida y algo desquiciada. Si es verdad que se ha pasado la última hora escribiendo, la actividad ha debido de causarle gran agitación.

–Un detective quiere hablar contigo. El inspector jefe Hans Richardson, de la comisaría de Cambridge. Está investigando lo de la mujer muerta de la que han hablado en la radio esta mañana.

El color desaparece del rostro de Mark. Le tiembla la mano izquierda.

Todo está en los genes: Científicos descubren el gen (y la proteína) responsables de las diferencias de memoria

Científicos de la Universidad de Harvard han identificado la mutación genética responsable de las diferencias de memoria a corto plazo entre personas Duo y Uno. El gen regula la producción de una proteína que une el elemento de respuesta al AMP cíclico, más sencilla de recordar por las siglas CREB.

Muestras de sangre tomadas a 5.000 voluntarios confirman que los adultos Uno y Duo tienen niveles muy bajos de CREB, a diferencia de los adolescentes menores de dieciocho años. Sin embargo, los Duo tienen mayor presencia de CREB en sangre que los Uno, lo que les proporciona dos días de memoria en lugar de uno.

Los científicos están convencidos de que esta proteína se inhibe a la edad de veintitrés años en los Duo y de dieciocho en los Uno, lo que explicaría las diferencias de memoria en la población. Están tratando de comprender cómo y por qué se produce, y si siempre ha sido así.

El Duo Patrick Kilburn, investigador principal del proyecto, cree que esta predisposición genética puede revertirse mediante una combinación sincronizada de factores de estrés físico y emocional. Para que esto se produzca, insiste, han de estar presentes ambas formas de trauma. Ratones sometidos a conmociones físicas y emocionales simultáneas, informa, revelan niveles elevados de CREB y mejora de la memoria a corto plazo.

Un portavoz del Fondo Internacional de la Memoria (FIM), la organización que financia la investigación, ha declarado: «El descubrimiento de esta predisposición genética hace concebir la maravillosa esperanza de poder ayudar a la humanidad a adquirir una mejor memoria en el futuro. En el peor de los casos, todos los Uno podrán convertirse algún día en Duo».

2

Mark

Cuando escuché la noticia esta mañana en la radio pensé que las cosas no podían ir a peor. Y sin embargo así ha sido.

Dicen que la ignorancia es una bendición. Miro a Claire a los ojos, esos ojos que me enamoraron hace veinte años cuando los vi por primera vez en el Varsity Blues (según consta en mi diario). Sus pupilas hoy están cristalinas, limpias de la carga que suponen los recuerdos. Ayer eran todo sufrimiento angustiado. ¡Cómo puede un solo día cambiar las cosas! Hoy tiene los ojos color lavanda de una mujer serena, dueña de esa tranquilidad que da no recordar, de estar exento del castigo de saber.

El viento empieza a aullar sobre las copas de los árboles.

Por una vez, daría cualquier cosa por ser Uno, como Claire. Sobre todo hoy. Sé que me tiene envidia. Muchísima. Es un problema que aflora de vez en cuando en mi matrimonio... y en mi diario. Ya he perdido la cuenta de las veces que he escrito frases que empiezan por: «Claire ha vuelto a despotricar contra los Duo diciendo que son...».

Poco se imagina Claire que ser Uno es lo que le permite ser una persona más feliz.

Respiro hondo, tratando de aquietar mis pensamientos acelerados.

—Qué raro —digo.

—El inspector Richardson está esperando, Mark. —Claire cruza los brazos y me mira irritada.

No me queda otra elección que seguirla por el sendero hasta donde espera el detective. Incluso desde lejos me doy cuenta de que es alto y fuerte, de hombros anchos. Unos hombros de alguien práctico que no se anda con tonterías.

Me fijo mejor, se está guardando algo en el bolsillo. Parece el estuche de una cámara. Mierda. ¿Qué ha estado fotografiando en mi jardín? Acelero el paso para recorrer los últimos metros.

—Buenos días, señor Evans.

—Tengo entendido que quiere usted hablar conmigo.

—Siento molestarle. Sé que está ocupado. Pero tengo malas noticias sobre Sophia Ayling. Lamento comunicarle que esta mañana han encontrado su cuerpo en el Cam.

—¿Cómo?

—En casos como este, el procedimiento habitual es tomar declaración a familiares y amigos. Necesitamos recomponer los movimientos de la víctima antes de su muerte para asegurarnos de que el juez de instrucción tiene todos los datos. Parece ser que usted conocía a la señora Ayling. ¿Le importaría acompañarme a la comisaría de Parkside para tomarle declaración? No tardaremos mucho.

Oigo a Claire contener la respiración.

—¿Ha dicho... que Mark y Sophia se conocían?

—Sí. —El inspector asiente con la cabeza.

—Mark... —Claire se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos y mirada acusadora—. ¿Es eso cierto?

Mierda. Tengo que atajar la sospecha.

—Voy a ver —le digo mientras saco mi diario y lo examino con la expresión más inocente que soy capaz de poner.

—Según mi diario conocí a Sophia en York, en un festival de escritores, hace dos años —digo—. Era una aspirante a novelista que escribía sobre... pacientes de un hospital psiquiátrico... En concreto sobre las fantasías que les provocaban los narcóticos. Me pidió que le dedicara un ejemplar de *A las puertas de la muerte*. Dijo que era una gran admiradora de mis libros. ¿Cómo ha sabido que nos conocíamos, inspector?

—La señora Ayling escribió sobre usted en su diario.

Joder. ¿Qué hace el diario de Sophia en manos del inspector?

—Me sorprende que haya tenido acceso a su diario —digo tratando de aparentar tranquilidad—. Si mis datos son correctos, la Ley de Derechos Humanos protege la intimidad de las personas. Eso incluye su correspondencia y su diario.

—Así es, señor, pero solo en términos generales.

El detective se detiene un instante y hace una mueca.

—Se ha reformado la Ley de Protección de Datos de 1998 para permitir a la Policía acceder a información derivada de datos personales cuando sea necesario. Podemos incautar diarios o inspeccionarlos por motivos de seguridad nacional. O cuando investigamos delitos de asesinato o secuestro de niños. Es decir, los más graves.

Trago saliva.

—Por eso hemos conseguido una orden judicial para acceder a los diarios de Sophia Ayling. Creemos que su contenido puede ayudarnos a investigar su muerte.

—¿Qué escribió Sophia de mí?

El detective niega con la cabeza y tensa la mandíbula.

—Inspector —le miro a los ojos—, acaba de decirme que han encontrado a Sophia en el Cam. Y se presenta en mi jardín para pedirme que le ayude. Quiero que me ponga en antecedentes.

—¿De verdad?

—Pues claro que sí. Insisto.

—Pues si insiste... —Me sostiene la mirada sin pestañear.

Oigo a Claire contener la respiración una vez más.

—En su diario, Sophia Ayling daba a entender que usted y ella intimaron bastante después del primer encuentro en York...

—El inspector tuerce una de las comisuras de la boca.

Claire da un paso atrás. Es como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Pero la expresión horrorizada pronto da paso a otra. Tiene las mejillas al rojo vivo. Los ojos le echan chispas y aprieta mucho los labios.

Mierda. Qué equivocación tan grande he cometido. Lo más inteligente habría sido negar tener recuerdo alguno de Sophia desde el principio. Pero la reacción inicial de Claire me descolocó.

Tengo que salir de este agujero en el que me he metido solo. Asegurarme de que no vuelvo a caer en él.

Tengo cuatro opciones:

- (a) Negar la aventura.
- (b) Sembrar dudas sobre la personalidad de Sophia.
- (c) Averiguar qué escribió de mí en su diario, a ser posible cuando Claire no esté delante.
- (d) Hacer las tres cosas.

—Eso es mentira —digo cerrando el puño—. Sophia se lo inventó. Dijo que le volvían loca mis libros. Que estaba loca por mí, aunque no nos habíamos visto nunca.

El detective no parece convencido.

—Escribió lo que quería creer. Era una mujer gravemente desequilibrada. Está perdiendo el tiempo conmigo, inspector.

—Tengo la obligación de investigar todas las pistas. —El detective mantiene la mandíbula rígida—. Eso incluye los hombres que tuvieron una relación íntima con la señorita Ayling.

Miro a Claire. Tiene los puños cerrados, igual que yo. Sus ojos siguen echando chispas. Pero, por suerte, es una persona que responde bien a la persuasión continua, tal y como sugieren los apuntes en mi diario de los últimos veinte años. Dato: una de las entradas de junio de 1995, por ejemplo, dice que a Claire le gustan las rosas rojas y que suplicarle una y otra vez es la clave para vencer su obstinación.

No puedo reprimir un escalofrío. Si la prensa sensacionalista se entera de que le he sido infiel a Claire puedo despedirme de mi sueño de ser elegido parlamentario.

—Inspector —digo—, espero que no tenga intención de detenerme.

—Por Dios, no. Por supuesto que no, señor. Solo necesitamos tomarle declaración.

—No estoy seguro de si esto debería tranquilizarme o alarmarme.

Richardson carraspea y ladea un poco el mentón.

—Quería saber lo que escribió Sophia Ayling de usted —dice—. Bien, según estipula la orden judicial, podemos revelar el contenido de su diario a aquellas personas implicadas de forma directa en la investigación. Quizá en comisaría pueda darle algún detalle.

El detective debe de sospechar que daría cualquier cosa por saber lo que escribió Sophia.

—Iré con usted, inspector —digo con un suspiro—. Estoy dispuesto a colaborar en la investigación, aunque Sophia se engañaba a sí misma respecto a la naturaleza de nuestra relación.

—Gracias.

—Confía en mí, Claire —digo mirándola a los ojos con la expresión más implorante que soy capaz de poner.

Pero Claire no contesta mientras sigo al inspector por el camino del jardín en dirección a su coche.

Pensaba que me llevarían a una sala de interrogatorios. Como esas que se ven en las películas, vacías a excepción de una mesa, una silla y una potente lámpara halógena orientada hacia los ojos del infeliz sospechoso.

Pero me llevan al despacho de Richardson. Su mesa de trabajo está casi limpia, con un ordenador, un diario electrónico (me pregunto si es el de Sophia), una grabadora digital y una grapadora gigante. Un ajedrez de madera ocupa un lugar destacado en la esquina izquierda del escritorio. Los peones están enzarzados en una vigorosa escaramuza. No hay pilas de papeles, no hay carpetas dispersas al azar, tampoco tazas de café con restos mohosos de cinco días. Las estanterías detrás de la mesa revelan aspectos de la personalidad de Richardson. Están llenas de cuadernos de distintos colores dispuestos en impecables hileras según su tonalidad.

Debería andarme con cuidado.

No debo parecer aterrorizado, aunque lo esté.

Mis ojos se posan en una inscripción grabada en una placa metálica fijada a la pared del fondo. Dice:

*El talento no se puede forzar. Surge.
Tampoco se puede forzar la inspiración.
Llega cuando menos preparado estás.
Pero sí se pueden forzar las soluciones a los problemas del día.
Basta salir a su encuentro con un palo gigante.*

Anónimo

Definitivamente tengo que estar alerta. Andarme con mucho tiento. Al parecer estoy ante un policía tipo inspector Javert que no dejará títere con cabeza para encontrar respuestas. Tiene aspecto de ser de esas personas que necesitan su trabajo tanto como respirar, un sabueso metomentodo que no descansará hasta desenterrar la verdad.

—Gracias por venir —dice Richardson. Señala al sargento de paisano que nos ha acompañado hasta el despacho, un joven de aspecto formal con cejas espesas—. El sargento Donald Angus pondrá por escrito su declaración en el formulario MG11 correspondiente. Luego le pediremos que firme una copia.

Asiento con la cabeza.

—Así que es usted Duo, señor Evans.

—Por supuesto.

—¿Cuánto tiempo lleva casado?

—Veinte años.

—¿Tiene hijos?

—No.

—Es usted un novelista de éxito. Pero aspira a ser diputado por South Cambridgeshire en las próximas elecciones.

—Correcto.

—¿Qué le dijo Sophia Ayling cuando lo abordó después de su charla en York?

—Déjeme que lo mire.

Saco mi diario electrónico y pulso el teclado antes de levantar la vista hacia Richardson.

—Dijo que le encantaban mis novelas. Que llevaba años leyéndolas. Esperaba que su manuscrito inédito tuviera el mismo éxito. Al menos eso es lo que dice mi diario.

—¿Algo más?

—No.

—Un momento. ¿No dijo también la señora Ayling que estaba loca por usted?

Es listo, este inspector Richardson.

—Ah, sí. Es verdad.

—¿Cómo reaccionó usted?

—Le dije que me sentía halagado.

—¿Qué pasó después?

Tardo en contestar. Daría cualquier cosa por saber lo que escribió Sophia en su diario sobre nuestro primer encuentro.

—Me invitó a cenar. Dije que no.

—¿Le dijo que no a una rubia atractiva? —Una expresión de incredulidad atraviesa el rostro de Richardson.

—Pues sí.

Le sostengo la mirada, consciente de que es la palabra por escrito de Sophia contra la mía. Pero yo le llevo ventaja, porque una mujer muerta ya no puede decir nada en su defensa. En cambio, yo sí.

—Pero ¿por qué?

—Porque no acepto invitaciones de cada persona que conozco en congresos de escritores. Ni siquiera si es una rubia atractiva.

—¿Por qué no?

—Si alguien afirma estar loca por mí se me disparan las alarmas.

—¿Y eso por qué?

A falta de una respuesta adecuada, tecleo «loca + congreso» en mi diario. Para mi tranquilidad, sale un único resultado. Estudio las palabras antes de volver a mirar a Richardson.

—En actos así es normal encontrarse a algún lunático, inspector. Mi diario del año pasado dice que vi a una mujer con los labios pintados de rosa chillón atacar a un agente literario con el bolso.

El detective arquea una ceja, escéptico.

—Y luego ¿qué pasó? —dice—. Después de que rechazara la invitación de la señora Ayling.

—Pareció decepcionada. Pero se fue.

—¿Qué quiere decir con que se fue?

—Que salió de la habitación —digo, tratando de no sonar impaciente.

—¿Para irse a dormir con usted en otra habitación?

—Por supuesto que no.

—¿Está seguro?

—Mire una cosa, inspector. —Tengo que hacer un esfuerzo para que no se me note lo irritado que estoy—. Entiendo que quiera llegar al fondo en el caso de la muerte de Sophia. Pero se equivoca de persona.

—¿Qué pasó después del congreso?

—Nada. —Niego con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Dice su diario que tuvimos una tórrida aventura que duró años?

El detective no contesta. Veo que tensa otra vez la mandíbula y me preparo para la siguiente pregunta.

—¿Tuvo alguna clase de contacto con ella después?

Busco una respuesta en mi diario.

—Me escribió un par de efusivos correos electrónicos dándome a entender que seguía obsesionada conmigo. Los borré. Mi agente Camilla me reenvía mensajes parecidos de otras admiradoras con regularidad.

—Debe de ser gratificante tener a mujeres adulándolo así.

—Según mi diario, a veces puede resultar molesto.

—Su nombre sale varias veces en el diario de Sophia Ayling —dice Richardson para mi sorpresa—. Ciento ochenta y cuatro veces, para ser precisos.

—¿Tan obsesionada estaba conmigo?

—Su diario contiene partes... digamos... vívidas —dice Richardson con los ojos fijos en mí—. Aún las estoy digiriendo. No se parece a ninguno de los diarios que he leído, con orden judicial, en un caso de asesinato.

Me siento más recto.

—Es como el libre fluir de conciencia de una persona inestable —continúa—. O quizá como un río agitado de semiinconsciencia. Una maraña de pensamientos fascinante.

Siempre supe que Sophia era inestable (lo dice mi diario), pero nunca pensé que estuviera tan chiflada.

—¿Qué escribió sobre mí?

—No puedo decírselo.

—Pero... me dijo que me daría detalles si venía a la comisaría.

—Dije que era posible que se los diera.

—¿Escribió que estaba locamente enamorada de mí?

—Se supone que soy yo el que hace las preguntas.

—Perdone, inspector —digo—. Es que tengo curiosidad. Me acaba de decir que mi nombre sale ciento ochenta y cuatro veces en su diario.

—Pasemos a otra cosa. —Los labios de Richardson son una línea sombría—. ¿Podría explicarme todos sus movimientos de los últimos tres días? Empecemos por ayer.

De nuevo tengo cuatro opciones:

(a) Contarle a Richardson la verdad sobre lo que hice.

(b) Decir la verdad sobre lo que hizo Claire.

(c) Mentir.

(d) Ninguna de estas tres cosas.

—Mi mujer se despertó sintiéndose muy mal porque se le había olvidado tomar las pastillas la noche anterior —explico—. Por eso decidí quedarme en casa. Incluso cancelé una reunión con un grupo de voluntarios de la campaña para poder estar pendiente de ella. Por suerte, decidió pasarse casi todo el día en la cama y todo fue bien.

—¿Qué le pasaba?

Ay. La enfermedad de Claire ha sido una considerable fuente de humillación para mí a lo largo de los años.

—Si de verdad quiere saberlo, inspector —digo con un suspiro—, mi mujer padece depresión. Su comportamiento puede volverse errático. Agradecería que tratara esto como información confidencial, por cierto. No quiero que la prensa se entere de los... esto... problemas de salud de mi mujer.

Richardson asiente con la cabeza y apunta algo en su libreta con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿ayer su mujer y usted estuvieron todo el día en casa?

—Sí.

—¿Qué más hizo, aparte de estar pendiente de ella?

—Intenté escribir un poco en la cocina, mientras Claire descansaba en el piso de arriba. Pero no me cundió demasiado. Así que decidí hacer algo de papeleo en mi estudio y fui a ver a Claire más o menos cada hora.

—¿Qué clase de papeleo?

—Hojas de cálculo, correos electrónicos. Cosas que no requieren inspiración.

—¿Y qué le inspira a usted, señor Evans?

—El día a día. Las cosas más sencillas.

—¿Los problemas matrimoniales, por ejemplo? ¿Es eso lo que le inspiró la escena de *A las puertas de la muerte*? ¿Esa en la que el protagonista, Gunnar, discute con su mujer, Sigrid, solo dos días antes de la muerte de su hijo?

Así que el detective ha leído mi novela.

—Es imposible decir hasta qué punto influye la vida real en las novelas.

La frase me ha salido en un tono más seco del que era mi intención.

—¿Cómo se acuerda de todo lo que le inspira?

Dato: por alguna razón, solo los Uno me hacen esta pregunta en los festivales literarios; no sé por qué, debe de tener que ver con su sentimiento de inferioridad. Pero el detective no puede ser Uno. En cualquier caso, debería darle mi respuesta ensayada, la que uso siempre.

—Escribiéndolo todo en mi diario, claro. Todo. Lo chocante, lo desgarrador y lo absurdo.

—¿Cómo hace para saber lo que ya ha escrito cuando trabaja en una nueva novela?

—Leo lo que he olvidado.

—Entonces ¿por qué en una página Gunnar es de Valberg y en otra de Varberg? La primera está en Noruega, la segunda en Suecia.

Miro boquiabierto al detective. Dato: descubrí esa errata dos meses después de la publicación de la novela; no sé cómo, pero se les pasó a todos los correctores. Y, sin embargo, ninguno de mis lectores ha detectado el error hasta hoy. Richardson ha debido de leer el libro con mucha atención.

Eso me pone aún más nervioso.

—Se ve que entiende de geografía escandinava, inspector.

—Tengo una cuarta parte de sueco y otra cuarta parte de danés. Parpadeo.

—No ha contestado a mi pregunta —dice.

—En todas las novelas hay... esto... errores. ¿Se pasa el día buscando errores en los libros?

—Mi trabajo es encontrar grietas en superficies aparentemente tersas. —Los ojos grises del detective se están transmutando en dos taladros—. Por cierto, ¿cómo describiría su matrimonio?

—Feliz, por supuesto. —A pesar de mis intentos por aparentar seguridad, me tiembla la voz.

—¿Y qué entiende por feliz?

Me devano los sesos en busca de una respuesta objetiva adecuada antes de decidirme a tomar prestadas unas líneas de *A las puertas de la muerte*.

—Depende de la definición de feliz. Mi definición personal es que solo sabes que has sido feliz *a posteriori*.

Richardson levanta una ceja antes de garabatear un par de cosas en su libreta.

—¿Qué pasó anteayer? El jueves.

Ahí es cuando se complica la cosa. Tengo que vigilar lo que digo.

—También me quedé en casa. Pasé casi todo el día escribiendo en mi estudio. A diferencia de ayer, fue un día bastante productivo. Por la tarde estuve contestando correos.

—Así que no salió de casa.

—No.

—¿Habló con alguien durante el día?

—A última hora de la tarde hablé por teléfono con mi agente, Camilla, y con mi director de campaña, Rowan.

—¿Qué pasó por la noche?

—Nada de particular. Me quedé dormido viendo la televisión en mi estudio.

—¿Y dos días antes? ¿El miércoles?

Tomo mi diario y busco la entrada del miércoles.

He pasado una mañana desalentadora luchando con *La serendipia del ser*, pero para la hora de comer había conseguido escribir 800 palabras. A mediodía fui a la cocina para hacerme un sándwich antes de que volviera Claire de la escuela de floristería de Cambridge. Disfruté engulléndolo sin tener que esforzarme por mantener una conversación con mi mujer. Últimamente su compañía resulta de lo menos estimulante. Después de comer llamé a Camilla para asegurarle que *La serendipia del ser* marcha bien.

—¡Menos mal! Los novelistas y las fechas de entrega no suelen ser buenos amigos.

—Me alegro de que todo el revuelo que se montó con el artículo de *The Sunday Times* sobre mi novela se haya calmado un poco en estos dos últimos días.

—Revuelo es lo que necesitamos para que se venda el libro. Es el mejor texto de promoción que has escrito nunca. Igual deberías sacar una continuación el mes que viene.

Camilla añadió que nuestro publicista, Ben, está intentando conseguirme una entrevista en la televisión en horario de máxima audiencia antes de que salga la novela, la primavera próxima. Está bastante seguro de que lo conseguirá después de la agitación causada por el artículo.

Más tarde llamó Rowan para confirmar la hora de la rueda de prensa en la casa consistorial de Cambridge, a las 12.00 este sábado, de manera que coincida con la Ley de Matrimonios Mixtos, que será sometida al consentimiento real el viernes. Debo aprovechar al máximo el hecho de llevar veinte años en un matrimonio mixto.

—Aprovechar siempre una oportunidad cuando se presente, Mark. Es la regla básica de la política. Y elegir el momento es igual de importante, por si no te habías dado cuenta.

Rowan tiene razón. He pasado el resto de la tarde esbozando respuestas a posibles preguntas de los periodistas, que he guardado en un documento llamado RUEDAPREN.DOC. Luego he contestado correos electrónicos y otra correspondencia relacionada con la campaña (Dios, cómo odio la burocracia, igual debería contratar a una secretaria).

Cena con Claire, que se había pasado la tarde entera preparando mi guiso de conejo preferido. Cada vez que la veo matarse a trabajar en la cocina aumentan mis remordimientos. ¿Por qué se esfuerza tanto por complacerme? El guiso estaba espectacular, pero la conversación resultó, una vez más, desprovista de toda chispa intelectual. ¿Por qué no le interesan a Claire el arte o la literatura clásica? ¿Las obras de Ibsen, las óperas de Wagner, o Virginia Woolf? Me pregunto qué les verá a esas revistas femeninas insulsas que tiene en la mesilla de noche. ¿Por qué tengo que morderme la lengua cada vez que me apetece hablar de posibles giros argumentales para *La serendipia del ser*, convencido de que una Uno jamás podría entenderlos?

El resto de la velada lo pasé tirado delante del televisor de mi estudio haciendo más caso a una botella de Chateau Lafite Rothschild (1996) que a *La serendipia del ser*.

—Pasé la mañana escribiendo —digo levantando la vista del diario—. Almorcé un sándwich antes de hablar por teléfono con Camilla y Rowan. Luego me ocupé de correos electrónicos y otros engorros antes de terminar la velada delante del televisor.

—Sus días se parecen mucho los unos a los otros. —El detective arquea una ceja—. Lo que hizo el miércoles suena exactamente igual a lo que hizo el jueves.

Joder, he vuelto a cagarla.

—Soy novelista —digo tratando de no parecer alterado—. A lo largo de mi carrera he aprendido a identificar los síntomas de la fiebre creadora. Intento aprovecharlos al máximo. Por eso me pasé la semana en casa, escribiendo. Eso dice mi diario. Solo salgo cuando no me queda más remedio.

—Fiebre creadora —repite Richardson frunciendo el ceño, pensativo—. Recuerdo haber leído esa frase en el diario de Sophia Ayling.

No me sorprende, puesto que se la tomé prestada a Sophia. Dato: la usó conmigo cuando nos conocimos y me gustó tanto —porque resumía tan bien los picos de productividad que experimento de vez en cuando— que la apunté y al día siguiente la memoricé.

Sophia era aspirante a novelista. Decido recordárselo a Richardson.

—La mayoría de los escritores aspiran a experimentar brotes de fiebre creadora en un momento u otro.

—Pero nada en su diario sugiere que se considerara novelista. Los ojos del detective me taladran.

—No hace referencia a ningún manuscrito inédito —añade—. Tampoco dice que estuviera trabajando en una obra maestra de la literatura.

—Qué raro, inspector —digo, mientras sigo intentando desesperadamente parecer impertérrito—. Desde luego, a mí me mencionó un manuscrito sobre pacientes de una clínica psiquiátrica.

—Me hace gracia que lo diga —Richardson hace una mueca—. Sí da la impresión de que la señorita Ayling sabía bastante sobre esa clase de clínicas. Su diario casi no habla de otra cosa.

De pronto me viene un regusto agrio a la boca.

—¿Qué quiere decir?

—Da a entender que estuvo ingresada en un psiquiátrico muchos años, y que salió hace dos.

—¿Estuvo internada?

—Sí. Diecisiete años.

—Eso no lo sabía, inspector.

El detective ha debido de percibir el ligero temblor al final de mi frase, porque se inclina hacia delante con ojos resueltos, inclementes. Me recuerda a un leopardo agazapado y en tensión, a un gato hambriento vigilando a su presa.

—Alguien asesinó a la señorita Ayling —dice con un gruñido y con la cara a solo unos centímetros de la mía—. Lo presiento,

aunque mi superior piensa que fue suicidio. En cualquier caso, tendremos el informe judicial antes de que termine el día. Estoy seguro de que confirmará mis sospechas. Sophia Ayling no se puso un abrigo, se llenó los bolsillos de piedras y se metió en el río Cam para ahogarse a la manera de Virginia Woolf. Sí, yo también he estudiado literatura. Voy a determinar la identidad del asesino antes de que termine el día. Recuerde mis palabras, señor Evans. Lo voy a hacer.

**Directrices oficiales para Uno y Duo
en sus 18/23 cumpleaños:
Cómo convertir los detalles de sus diarios en datos**

1. Escriba en su diario cada noche, incluso si es un Duo con periodo de gracia de dos días. Debe escribir las cosas que le importen, detalles que piense que pueden ser significativos.
2. Entienda lo que son los datos. Los datos son detalles que ha memorizado de sus diarios, detalles que nunca olvidará. Los datos acuden de inmediato a la cabeza porque han sido transferidos a compartimentos de almacenaje a largo plazo dentro de su cerebro.
3. En cuanto se despierte cada mañana, lea la entrada del día anterior. Esto debería ser lo primero que haga cada día. Cuanto más memorice de sus diarios, más información retendrá. Hay estudios que demuestran que los Uno que trabajan duro memorizando sus diarios son capaces de retener tantos datos sobre sí mismos como los Duo. En lo referente a capacidad de memorizar diarios, los Uno y los Duo son iguales.
4. Relájese. No podrá convertir todos los detalles de sus diarios en datos memorizados, por mucho que lo intente. Los estudios científicos sugieren que tanto los Uno como los Duo pueden retener hasta un 70 por ciento de lo que han escrito en sus diarios (por supuesto, existen excepciones a esta norma).